bajo el sol de las doce

L A C A S A

AQUELLA casa en La Habana, en el reparto Santos Suárez,
donde vivía con Yolanda y Andresito.
Mi única casa.
Mi casa caída de espaldas contra mi última esperanza.
Mi casa aventada por un golpe de dados.
Mi casa ya no es mi casa que es una casa cualquiera donde
habita un lagarto.
A las once de la mañana yo me sentaba en el jardín a leer
Guerra y Paz,
mientras ella entrelazaba yarey y la niña de al lado canta-
ba con los pobres de la tierra.
La casa sin ventanas, con un garage lleno de libros y una
pequeña manga de riego verde.
Pero qué hago yo en Madrid si he entregado la llave y me
he quedado con las manos vacías.
Para qué sirven las palabras.
Se precisaría un fuerte muro por si torna el Flora con su
abanico encarnado.
Mi casa está cerrada día y noche mientras cruzan las ráfa-
gas y golpea la lluvia contra el asfalto.
Mi memoria está cegada.
Qué hacer cuando han sido barridas las barricadas y extir-

pado el único cáncer que me quedaba.

Vámonos a Copelia y luego al cine y después a hacer el amor.

Mi casa está amarilla.

El atardecer se enciende entre las antenas de la televisión, mientras estalla el punto guajiro en la hoguera de la guitarra.

Mi casa incomprensiblemente silenciosa.

La habitación sin espejo. El colchón sin sábana. La noche a todo pasto.

Sepa todo el mundo, de un lado a otro del Atlántico, que yo recojo mi casa entre las cenizas y la pongo en el sitio del corazón.

M., 4-7-68

L.A.B.

L A C A S A

AQUELLA casa en La Habana, en el reparto Santos Suárez,
donde vivía con Yolanda y Andresito.
Mi única casa.
Mi casa caída de espaldas contra mi última esperanza.
Mi casa aventada por un golpe de dados.
Mi casa ya no es mi casa que es una casa cualquiera donde
habita un lagarto.
A las once de la mañana yo me sentaba en el jardín a leer
Guerra y Paz,
mientras ella entrelazaba yarey y la niña de al lado canta-
ba con los pobres de la tierra.
La casa sin ventanas, con un garage lleno de libros y una
pequeña manga de riego verde.
Pero qué hago yo en Madrid si he entregado la llave y me
he quedado con las manos vacías.
Para qué sirven las palabras.
Se precisaría un fuerte muro por si torna el Flora con su
abanico encarnado.
Mi casa está cerrada día y noche mientras cruzan las ráfa-
gas y golpea la lluvia contra el asfalto.
Mi memoria está cegada.
Qué hacer cuando han sido barridas las barricadas y extir-

pado el único cáncer que me quedaba.

Vámonos a Copelia y luego al cine y después a hacer el amor.

Mi casa está amarilla.

El atardecer se enciende entre las antenas de la televisión, mientras estalla el punto guajiro en la hoguera de la guitarra.

Mi casa incomprensiblemente silenciosa.

La habitación sin espejo. El colchón sin sábana. La noche a todo pasto.

Sepa todo el mundo, de un lado a otro del Atlántico, que yo recojo mi casa entre las cenizas y la pongo en el sitio del corazón.

CC

L A C A S A

AQUELLA casa en La Habana, en el reparto Santos Suárez,
donde vivía con Tolanda y Jorosito.
Mi única casa.
Mi casa caída de espaldas contra mi última esperanza.
Mi casa aventada por un golpe de dados.
Mi casa ya no es mi casa que es una casa cualquiera donde
habita un lagarto.
A las once de la mañana yo me ~~sentaba~~ ubicaba en el ~~jardín~~ patio a leer
Guerra y Paz,
mientras ella entrelazaba yarey y la niña de al lado canta-
ba con los pobres de la tierra.
La casa sin ventanas, con un garage lleno de libros y una
pequeña manga de riego verde.
Pero qué hago yo en Madrid si he entregado la llave y me
he quedado con las manos vacías.
Para qué sirven las palabras.
Se precisaría un fuerte muro por si torna el Flora con su
abanico encarnado.
Mi casa está cerrada día y noche mientras cruzan las ráfa-
gas y golpea la lluvia contra el asfalto.
Mi memoria está cegada.
Qué hacer cuando han sido barridas las barricadas y extir-

pado el único cáncer que me quedaba.

Vámonos a Copelia y luego al cine y después a hacer el amor.

Mi casa está amarilla.

El atardecer se enciende entre las antenas de la televisión, mientras estalla el punto guajiro en la hoguera de la guitarra.

Mi casa incomprensiblemente silenciosa.

La habitación sin espejo. El colchón sin sábana. La noche a todo pasto.

Sepa todo el mundo, de un lado a otro del Atlántico, que yo recojo mi casa entre las cenizas y la pongo en el sitio del corazón.